

julio cano lasso

mi visión de la arquitectura

lecciones de *arquitectura*

2

dirección colección
JUAN MIGUEL OTXOTORENA

coordinación
JOSÉ MANUEL POZO

maquetación
JOSÉ MANUEL CABRERO

edición
T6 EDICIONES

impresión
EUROGRAF S.L., Mutilva Baja (Navarra).

depósito legal
NA 348-1997

ISBN 84-89713-03-0
© ESCUELA TÉCNICA SUPERIOR DE ARQUITECTURA. UNIVERSIDAD DE NAVARRA.
MAYO, 1997

T6 ediciones S.L.

Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad de Navarra
31009 Pamplona. España. Tel 948/105600. Fax 948/105629

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño de cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de forma alguna, o por algún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin la previa autorización escrita por parte de la propiedad.

Presentación



¿Qué podría yo decir que fuera de interés para vosotros?.



Mi visión de la arquitectura *

*Texto leído por Julio Cano Lasso en la Escuela T. S. de Arquitectura de la Universidad de Navarra como preámbulo del recorrido que hizo de sus obras en las conferencias pronunciadas los días .. y .. de noviembre de 1996.

El año 39, recién terminada la guerra, comencé mis estudios de arquitectura. Son 57 años, más de medio siglo, en los que he vivido con afición e intensidad la arquitectura. Hoy al final de esta vida profesional larga me encuentro con vosotros para hablar de arquitectura.

Tengo escrito que el transcurrir de una vida es como el ascenso a una montaña. Cada vez se divisa un panorama más amplio, los horizontes son más lejanos. El paisaje no ha cambiado, cambia la posición desde la que lo vemos, ahora es posible abarcarlo más en su conjunto.

Con el paso del tiempo las ideas y el pensamiento tienden a articularse en forma coherente, a formar una trama organizada en la que destacan algunas ideas centrales de las que se derivan las demás.

La arquitectura no es para mí un hecho aislado de las ideas generales sobre la vida y el comportamiento humano, es algo inmerso en ese entramado de ideas y sentimientos.

Siempre he creído en el espíritu humano como supremo valor, a cuyo servicio ha de estar el progreso tecnológico, y como corolario de esta idea, en la necesidad de un saber humanista abierto, amplio y comunicado, capaz de asumir los avances de la tecnología. Preservar la supremacía del espíritu humano sobre las asombrosas máquinas cada día más perfectas, sin olvidar que el hombre necesita tener una fe, una esperanza y un ideal para vivir y dar sentido y dignidad a la existencia.

Estas ideas impregnan nuestro quehacer diario y nuestro trabajo profesional.

Pienso que la arquitectura, como la literatura, la música o la pintura es parte esencial de la cultura, de todas las culturas de todos los tiempos. Lo ha sido así, y espero que así- lo siga siendo.

En mi caso la contradicción entre la filosofía del Movimiento Moderno, pretendiendo prescindir del pasado y de la historia y el valor de la tradición como fuerza espiritual profunda y de continuidad, que hunde sus raíces en la historia, dieron lugar a una tensión entre ambos polos, que se ha venido manteniendo a lo largo de mi vida profesional.

Me sentí atraído por la poética del M.M., por su discurso de



racionalidad y eficacia, por lo que tenía de nuevo y utópico. Pero poco a poco los grandes valores del pasado fueron emergiendo, algunos tenían tanta fuerza y tanta vigencia, que era imposible olvidarlos.

Por otra parte una actitud racionalista aplicada con rigor en cada problema, nos iba llevando a soluciones más complejas que se apartaban de los modelos "racionalistas" puros, y así siguiendo un discurso lógico se produjo un encuentro con lo popular y con la historia.

Una actitud racionalista y crítica obliga a tomar en consideración factores como el clima y la realidad cultural y económica. Tampoco un arquitecto sensible no puede ser indiferente a la emoción que producen grandes obras del pasado y a la vigencia de valores estéticos intemporales.

Todo esto se refleja en la obra, que como hemos dicho se hace más compleja y diversa, según la diversidad de problemas a resolver.

Esto se irá viendo con los ejemplos que vamos a proyectar. Intencionadamente he seleccionado algunos casos extremos.

En la estación de Anoeta, donde el problema a resolver era un problema de tráfico, se utiliza la tecnología apropiada y la imagen es acorde con ella, aun cuando la intención evocadora y estética esté presente.

En el edificio central del P.P.O en Madrid, construido en un barrio nuevo sin carácter, la aplicación estricta de las ordenanzas de edificación da lugar a un sólido capaz prismático y la arquitectura se resuelve en plantas y alzados de geometría muy simple y rigurosa. Es el más cartesiano de todos los proyectos.

En mi casa de La Florida, obra de mis primeros años, es quizá donde mejor se aprecie el choque y transfusión entre la poética racionalista y un deseo de natural sencillez, intimidad y unión con la naturaleza, apareciendo en ella elementos vernáculos, como el patio, las tapias encaladas, etc. Es un primer encuentro con lo popular.

En Buitrago, edificio aislado en un bello paisaje, es patente el eco de la historia. Con grandes volúmenes de ladrillo, tiene algo de castillo o monasterio, y la intención de extremar la tensión entre una arquitectura intemporal, arraigada en la tierra, con su avanzada función espacial está en la base del planteamiento del proyecto.

En las Universidades Laborales de Almería y Orense se ofrecen los resultados de un mismo programa en medios geográficos dis-



tintos, en los que la aplicación de criterios objetivos frente a los problemas ambientales y climáticos produce arquitecturas muy distintas, coincidentes en muchos aspectos con las arquitecturas vernáculas.

En las viviendas sociales, generalmente en el medio urbano o formando grandes conjuntos, la independencia es mayor y la arquitectura se caracteriza por la solución de normativas muy estrictas con presupuestos reducidos.

Alguien podrá preguntarse si esta arquitectura es moderna, y deseo aclarar que con el paso del tiempo mi concepto de la modernidad ha ido cambiando. La modernidad es un valor temporal y como tal efímero. Los contemporáneos valoran en ella las particularidades de su época y sus circunstancias, cuya vigencia desaparece de manera inexorable para generaciones posteriores y solo queda el valor efectivo de la obra.

Me interesa la modernidad en el sentido de progreso y creo que el progreso hay que medirlo en términos espirituales.

Aunque los grandes valores de la arquitectura están más allá del tiempo y de la tecnología, hemos de hacer la arquitectura que corresponda a nuestro tiempo, utilizando apropiadamente y con espíritu abierto, los recursos que la técnica pone a nuestro alcance.

Somos hijos de nuestro tiempo y nuestra arquitectura necesariamente llevará su impronta, ya que los grandes valores intemporales para hacerse presentes han de ser reelaborados e interpretados por nosotros según nuestra propia sensibilidad y cultura. Solo a través de nosotros, hombres de hoy, pueden hacerse vivos los valores del pasado y transmitir su emoción e impulso creador.

No hemos de obsesionarnos por ser modernos, es algo que, si estamos despiertos se nos va a dar por añadidura. Es más, pienso que una actitud abierta, capaz de apreciar los valores de culturas de otros tiempos o distintas de la nuestra, es uno de los rasgos más nobles del pensamiento moderno.

El arquitecto, la sociedad y el cliente

Puesto que en otras ocasiones he tenido que hablar de esto mismo, he de repetirme.

Ya dijimos que la arquitectura, como la literatura, la música o la pintura, es parte esencial de la cultura, que así lo ha sido a lo largo de los tiempos y que espero que así lo siga siendo.

Ha de tener por ello aspiración y voluntad de perdurar, aunque como ocurre con las otras artes con el paso del tiempo solo permanecerá lo mejor.

Pero la arquitectura, además de ser un arte, es un servicio de gran importancia social. El arquitecto no es un artista libre, no tiene la libertad de un escritor, un músico o un pintor. Su servicio le obliga a la eficacia, eficacia que también se puede medir en términos económicos. Por ello nos debemos exigir en alto grado la debida preparación técnica. Una formación equilibrada en técnica y arte.

Pienso también, contra lo que algunos pudieran pensar ante la aparición de técnicas revolucionarias y el signo de los tiempos, que la figura del arquitecto, tal como ha sido desde tiempos lejanos, seguirá siendo necesaria. Sería una ironía y un contrasentido que en la medida en que aumenta la riqueza y se difunde la cultura, se produjera paralelo desinterés por valores humanísticos y estéticos que son la esencia de la arquitectura.

Sin embargo es preocupante la brecha de incompreensión cada vez más profunda entre los arquitectos y la sociedad, porque a la larga la arquitectura es reflejo de la sociedad que la construye y habita.

Es poco lo que podemos hacer los arquitectos en una sociedad desinteresada por la arquitectura y desconfiada hacia los arquitectos, una sociedad en cuyo orden de valores la arquitectura ocupa un lugar muy secundario.



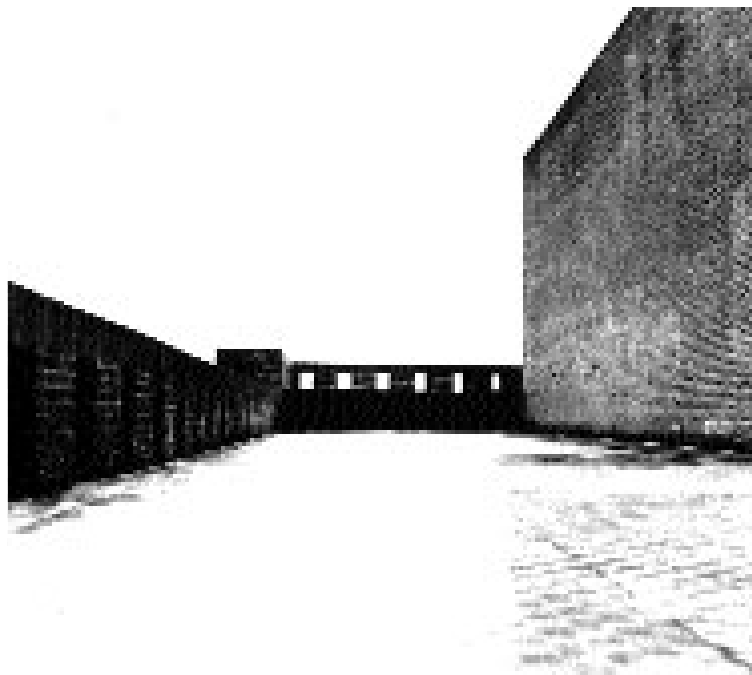
Y una sociedad que no demanda buena arquitectura difícilmente podrá tenerla.

Siempre he hablado de la importancia del cliente y he repetido que detrás de toda buena obra de arquitectura hay siempre un buen cliente, cuyo primer mérito comienza por la elección del arquitecto.

En España hay buenos arquitectos, suficientes para llenar España de buena arquitectura. Sin embargo, la arquitectura que se hace en general no es buena.

¿Es culpa de los arquitectos?

Justo es recordar que algunos arquitectos cuya obra se difunde mundialmente en revistas famosas, y un clima muy extendido de novedosa frivolidad, han contribuido a la desorientación y al descrédito de la moderna arquitectura. Hay ejemplos que justifican la desconfianza hacia los arquitectos. Sin embargo es cierto que en el panorama arquitectónico de general mediocridad existen aisladamente obras de excelente arquitectura y aquí en Navarra tenemos muy buenos ejemplos. En este caso el mérito del arquitecto es doble.



Puesto que hay buenos arquitectos y estamos convencidos de la importancia de nuestra misión hemos de trabajar con seriedad y eficacia para recuperar el aprecio y confianza de la sociedad.

Se requiere también una formación apropiada de los futuros arquitectos, equilibrada entre la técnica y el arte, como fue en España en tiempos no muy lejanos, al menos en los programas de estudios. La formación del arquitecto requiere un tiempo largo, más aun en la medida en que las técnicas que inciden en la arquitectura se hacen más complejas; por ello es tan preocupante la orientación de los nuevos planes de estudio.

La responsabilidad del arquitecto ante la sociedad es grande, y nuestra tarea mucho más difícil que la de otras técnicas cuya base de apoyo es objetiva y firme.

Puesto en crisis el Movimiento Moderno, que ya es historia, y sin referencias firmes, los arquitectos nos movemos en un terreno mucho más inseguro.

Por ello sería muy útil tener puntos de referencia en los que apoyarnos y aunque no hay fórmulas infalibles si, creo, sin embargo, que hay ciertos principios que en general deberían cumplirse:

Atención a la relación con el entorno. La arquitectura nunca es un hecho aislado, aunque esté en pleno desierto.

Desarrollo lógico del programa de necesidades, siempre pensando en quienes han de vivirlo.

Racionalidad constructiva. La forma siempre como resultado coherente del proceso constructivo.

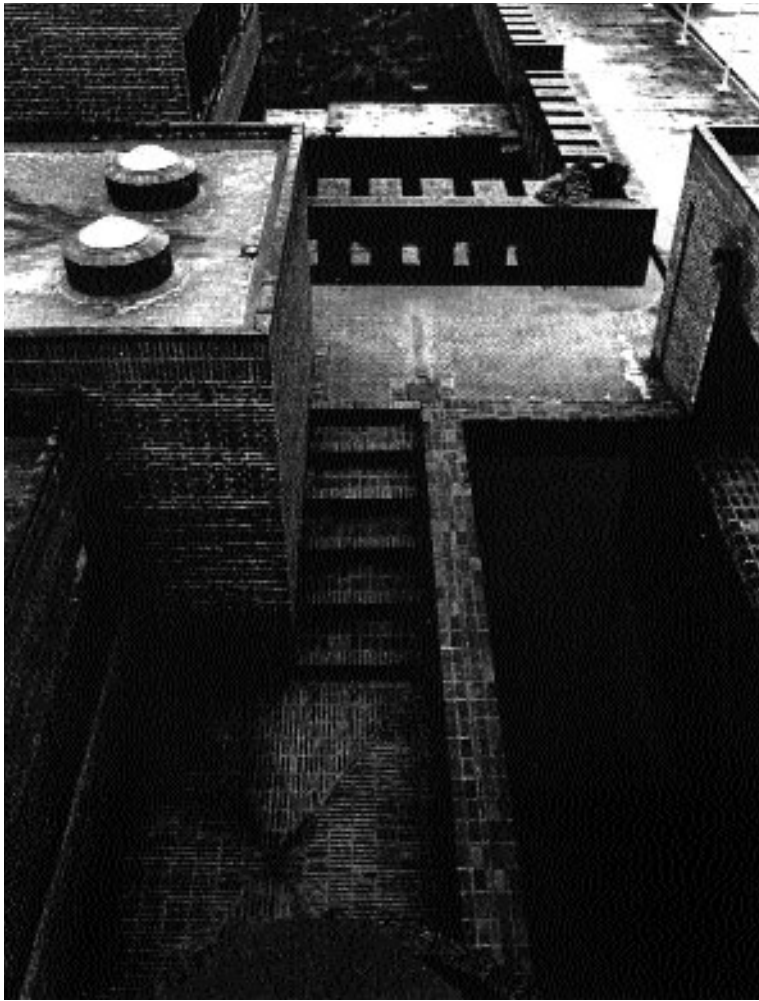
Economía, entendida en el amplio sentido que rige las leyes de la naturaleza. Naturalidad y Economía de medios expresivos.

Elección de la tecnología apropiada y disposición abierta a la incorporación de los avances tecnológicos con espíritu crítico.

Sensibilidad y rigor en la elección y empleo de los materiales de acuerdo con sus características. No hay material malo si se emplea con acierto.

Colaboración con la naturaleza. El arquitecto ha de ser sensible colaborador de la naturaleza. Mi consejo es actuar siempre a favor de la naturaleza, nunca contra ella.

Pero si todo esto se cumpliera y no hubiera un mínimo soplo de arte, un cierto sentimiento poético, a lo más habríamos hecho buena construcción, no arquitectura.



Superados ya los sueños mesiánicos que hacían asumir al arquitecto el papel de reformador social y reducidos a nuestra más modesta pero importantísima función, podemos los arquitectos, en línea del espíritu humanista, contribuir de forma muy calificada a una nueva visión y empleo de la riqueza de posibilidades que el mundo moderno nos ofrece. Enseñar con nuestra Arquitectura a renunciar a necesidades ficticias, y con ello a pesadas y artificiales servidumbres, y a comprender, como decía Mairena, cuanto más limitado es de lo que se piensa el ámbito de lo necesario y cuanto más amplio por ende el de la libertad humana. Ser heraldos, en suma de una mayor austeridad y de un trato más delicado con la Naturaleza. Advertir, como decíamos, que no basta con innovar y descubrir; es también importante dar sentido a los nuevos conocimientos; buscar su debida aplicación, cultivando los medios para hacer que los logros materiales se traduzcan finalmente en logros del.. espíritu y en verdadero progreso.



Ante la tradición y la historia

Hemos de hablar de la relación de la Arquitectura con al Historia, flanco débil por donde el M.M ha sufrido los más crueles ataques, precisamente desde el campo ideológico más inesperado.

Creo que la arquitectura no puede hacerse con olvido del pasado. Por debajo de las corrientes superficiales de cada época existe una corriente profunda que nos relaciona con el pasado. De ella proviene una riqueza creada por quienes nos precedieron y a los que hemos de continuar. Así llegué a entender el sentido de la tradición como un caudal fluyente, como una corriente que nos lleva hacia el futuro. Por ello me interesan tanto las obras, en las que independientemente del tiempo, la forma y el estilo, esa continuidad del espíritu humano es perceptible, dándonos una larga dimensión en el tiempo; una comunicación con distintos tiempos pasados, haciéndolos presentes y transmitiéndonos una emoción que vibra en nosotros como vibró en otros hombres.

Por ello, a pesar de mi deseo de hacer arquitectura avanzada, o más bien por fundamentar ese deseo en bases firmes, no quise nunca romper el hilo de comunicación con el pasado, ni renegar de una herencia de tan alto valor.

Ya os he hablado de la tensión entre mi vocación de modernidad y mi adhesión al M.M con su exigencia de funcionalidad y apertura a nuevas tecnologías y planteamientos sociales, y mi forma de entender la tradición. Hoy, para mi, el M.M. está asumido, se ha incorporado a la historia y ya es tradición, y en tal sentido sigue siendo operativo, con una influencia fundamental.

He hablado de tradición creadora. Nadie crea de la nada, nadie crea a partir del vacío. Toda creación tiene origen en hechos, vivencias y emociones. Al hablar de creación artística lo hacemos en su sentido más amplio, incluyendo la imaginación de nuevas teorías científicas, algunas de belleza emocionante.

Galileo, al enviar su escrito sobre la movilidad de la tierra al Duque de Toseanan, le pide lo reciba "como una poesía, o bien como un ensueño".

Para Machado "la creación poética es una honda palpación del espíritu; lo que pone el alma..."

Y la arquitectura es un arte que ha de tener un soplo de poesía.

Dors dijo que todo lo que no es tradición es plagio. Nadie crea a partir de la nada.

Hemos de ver en la tradición ese caudal de conocimientos y emociones creado a lo largo de la historia, que constituye la base de toda cultura y ello sirve de fundamento a la invención creadora.

No es una simple acumulación, es un caudal fluyente y renovado según un proceso selectivo que le es propio y constitucional.

Nada por consiguiente más equivocado que entender la tradición como una simple acumulación inerte, inmutable y cerrada al cambio.

Decía Salinas que " de sus muchos beneficios uno de los mayores es el de dotarnos de criterios de elección y cambio. Lo cual es gran cosa porque nos pone a cubierto del nomadismo espiritual y moral del hombre contemporáneo".

Todos somos creadores de tradición.

Esto conecta de alguna manera con el misterio de la creación artística.

Siempre he sentido una extraña e indefinible atracción y curiosidad por esa misteriosa potencia del espíritu humano, más allá de la razón, en el campo de la intuición y el sentimiento, y me han interesado, en su aspecto humano, los grandes creadores y su relación con la obra creada.

¿Cual fue el pensamiento del artista?. ¿Qué energía le impulsó?.
¿Cual es la relación entre el creador y la obra, que en ocasiones parece rebasarle en su grandeza?.

¿Intuición?. ¿Inspiración?. ¿Imaginación creadora?.

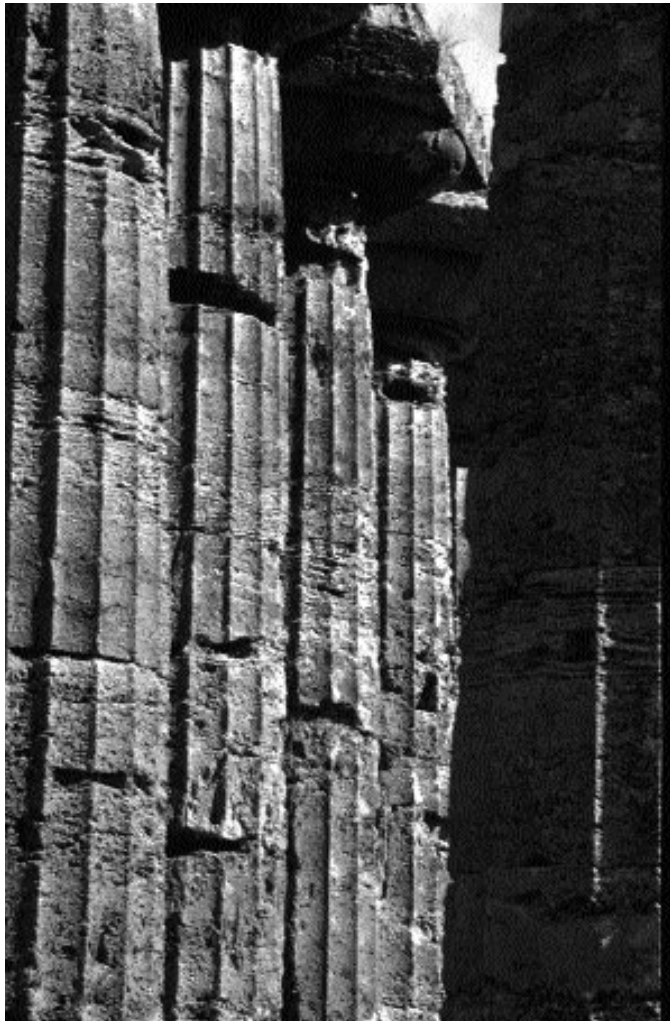
Nietzsche decía que en la inspiración siempre hay algo de revelación y que sería difícil rechazar la idea de sentirse encarnación, elemento sonoro, médium de fuerzas poderosísimas...

Para Platón no son los poetas los que escriben los gloriosos poemas; son los dioses los que se sirven de ellas para decir cosas bellas.

Demócrito dio una versión de la inspiración aunque pretendidamente materialista, igualmente poética: los dioses la emiten en forma de átomos que capta el alma sensible por medio de la respiración.

En cualquier caso, la inspiración procede de los dioses.

La explicación de Demócrito, a pesar de su ingenuidad, se apro-



xima a la idea de algunos físicos modernos: el hombre, por estar físicamente vinculado al cosmos y constituido por partículas coextensivas a todo el universo, recibe sutiles influencias del cosmos que actúan misteriosamente sobre regiones más o menos conscientes del pensamiento. Sería el Arte la vía más sensible y por la que mejor se expresaría esa influencia y comunicación.

Por otra parte no hay duda de que la obra de arte se expresa preferentemente en un lenguaje intuitivo y es una proyección del artista hacia lo que hay de menos racional y más profundo en los demás.

Modestamente, como arquitectos cuyo trabajo profesional excepcionalmente está llamado a ser una singular obra de arte, hemos de tener como fundamento de un trabajo bien hecho, un buen conocimiento del oficio, cada vez más exigente de conocimientos técnicos, y una cultura arquitectónica amplia, que incluye estar al día, lo que no significa, ni mucho menos, estar a la moda. Antes al contrario, ser capaces de apreciar los valores que están más allá del tiempo. Toda obra capaz de emocionarnos está viva, aunque tenga miles de años, y la emoción que nos transmite pueda ser la chispa que nos ilumine.

